

Carta del Editor

¿Qué está pasando? Fue el título de la Segunda Bienal de la restauración monumental que, bajo el auspicio de la Academia del Partal, se celebró en Vitoria en 2002. Doce años después aquella convocatoria resulta casi inocente. ¿Qué... está pasando? es, sin duda, la pregunta más adecuada para la segunda década de este siglo XXI que encuentra a los académicos colmados de sabiduría y rebosantes de experiencia, pero con escasas ocasiones para demostrar sus conocimientos, sus metodologías de trabajo y su pulcritud en el ejercicio de la restauración monumental. Tan solo aquellos que realizan actividades vinculadas a la docencia o a la investigación pueden, en mayor o menor grado, desarrollar sus capacidades en un escenario en el que la preocupación por el patrimonio ha pasado a un segundo o tercer plano. ¡Es el momento de la reflexión! Y, sin embargo, esa reflexión no se está dando; al menos, no con el vigor que cabría esperar de una sociedad que ha invertido mucho en la conservación monumental.

En este contexto, en plena crisis institucional, de valores, financiera y económica, la Academia consigue publicar un nuevo número de Papeles del Partal y así, superar su propia crisis editorial. Si ya se consiguió modificar con éxito el modelo de las bienales de restauración, al sustituirlas por encuentros científicos que permiten reflexión y transmisión del conocimiento, este nuevo número de Papeles, elaborado a partir de los acuerdos adoptados en la reunión conjunta de los Consejos de Redacción y Científico celebrada en Valencia el pasado mes de febrero, supone una apuesta decidida por la continuidad de la publicación. Se acordó revitalizar la revista y modificar y añadir contenidos. Para ello se decidió superar tanto el modelo inicial –todo lo publicado debía girar en torno a un tema preestablecido– como el adoptado –convertirse en la versión escrita de las intervenciones presentadas en los encuentros–, apostar por una

frecuencia anual e introducir nueva estructura y, por tanto, nuevas secciones en la publicación: la primera dedicada a la reflexión abierta de los académicos, completada con ensayos sobre conmemoraciones o aniversarios vinculados a la restauración; la segunda, a incorporar artículos sobre las comunicaciones presentadas en los encuentros científicos; la tercera dedicada a reseñaciones sobre las publicaciones que seamos capaces de producir; la cuarta a los compañeros que nos han dejado y a los que se incorporan a la Academia.

Y afortunadamente así se ha configurado Papeles 6. Hay una primera sección que incorpora tres artículos redactados ¡ex profeso!, una segunda sección con doce colaboraciones elaboradas a partir de los encuentros de Alcalá y de Roncesvalles, una tercera en la que rendimos merecido homenaje a Gonzalo Rey Lama y a Luis de Villanueva Domínguez, e incluimos los currículos de los recién ingresados en la Academia: Miguel Ángel López Miguel, María Elisa Moliner Cantos, Alfonso Muñoz Cosme, Gaspar Muñoz Cosme, Alazne Ochandiano Uriarte y Santiago Tormo Esteve.

Fruto de la atención dirigida hacia los acontecimientos o conmemoraciones son los artículos de Antoni Gonzalez y de Raquel Lacuesta. González plantea la conveniencia de estudiar o, mejor dicho, de reestudiar el legado violetiano lejos de los prejuicios con los que se etiqueta su obra. Para el autor, fueron precisamente quienes con más ahínco habían denostado la obra del francés, los que en 1934 abrieron el baúl en el que estaban encerrados los más genuinos principios violetianos: vibrante reflexión que augura un fecundo y dialéctico regreso de González a la Academia. El artículo de Lacuesta sobre el centenario del SPAL –Servei de Protecció del Patrimoni Arquitectònic Local– permite recorrer, a través de los perfiles profesionales de sus cuatro directores y con cierta dosis de crítica, la evolución de las tareas de reconocimiento de los monumentos, de las teorías y praxis de intervención, de los diferentes contextos políticos, culturales, sociales y económicos en los que el Servei ha desarrollado y desarrolla su labor, así como la progresiva y fundamental atención que se ha prestado al conocimiento de la disciplina y a la difusión del pensamiento restaurador.

En el interesante y rico debate que sobre la figura de Leopoldo Torres Balbás se desarrolla estos últimos años

hay que encuadrar la contribución de Alfonso Muñoz sobre Torres Balbás y la teoría de la restauración, tercero de los artículos que componen la primera sección. También entran en este debate el artículo que Julián Esteban dedica a las actividades de Torres Balbás en tres años clave de la II República (de nuevo 1934) y las menciones que formula Antoni González sobre las relaciones entre el legado de Viollet-Le-Duc y la obra de Torres Balbás. Muñoz indaga sobre la contribución de Torres Balbás a la formación de una teoría internacional sobre la restauración científica, contribución que, según el autor, se sustenta en los matices y reformulaciones que la práctica restauradora va introduciendo en los posicionamientos teóricos formulados por Torres Balbás antes de empezar a trabajar como arquitecto conservador; propuesta enriquecedora pues contribuye a desdibujar el límite excluyente entre la formulación teórica y la praxis restauradora. Y concluye con una vinculación, no exenta de polémica, entre el trabajo teórico y práctico de don Leopoldo y los pronunciamientos legislativos del régimen republicano.

La segunda sección, introducida por Marco Antonio Garcés, organizador del II Encuentro Científico celebrado en el castillo de la Mota, incluye las contribuciones remitidas para su publicación: once de ellas se presentaron en Medina del Campo (2012) y una en Roncesvalles (2013). Los temas que se abordan son amplios: las relaciones entre el patrimonio y los medios de comunicación, la historia de la restauración, de sus momentos más significados y de sus actores, la formación de la teoría disciplinar, las dificultades de determinados tipos de patrimonio para entrar en las listas del “patrimonio restaurable”, hasta una crítica no exenta de ironía sobre las actuaciones que se desarrollan en Francia; todo ello completado con un conjunto de artículos que se refieren a obra realizada (castillos de Benabarre, Miravet y Sagunto; iglesia-catedral de Jaca, iglesia de la Mare de Deu d’Alcoi, ermita de santa María de Salas y huertas del Generalife) y que, en cualquier caso, utilizan las actuaciones como bases de reflexión sobre el método, el alcance y las responsabilidades del trabajo del restaurador.

Joan Closa, desde la base de la necesaria socialización del conocimiento, diserta sobre las relaciones entre el patrimonio y los medios de comunicación e incide en las opor-

tunidades que las nuevas formas de comunicación tienen para captar el interés social sobre el patrimonio. Julián Esteban explora tres años cruciales de la vida de Leopoldo Torres Balbás, y desarrolla una interpretación de la vida profesional, académica y personal de don Leopoldo como una metáfora de la España que transita desde la legalidad republicana hasta la impuesta por el franquismo. José Ramón Sola propone un acercamiento teórico a la importancia de la visión del restaurador como un acto de arquitectura y por lo tanto de creación, no exento de exigencias e influencias contextuales. Eduardo González Fraile, buen conocedor de lo que pasa al norte de los Pirineos, reflexiona sobre los problemas que causan los usos abusivos sobre los monumentos y sobre la fragilidad de las restauraciones cuando estas no han sido o no son correctamente interpretadas, lo que bien se puede relacionar con los planteamientos de Closa. O con la amena, crítica y caústica presentación de Marco Antonio Garcés sobre las iniciativas sencillas de conservación del patrimonio, en las que todo debería venir de cara; las torres de señales, efímeras en su vida útil, continúan emitiendo su mensaje de alerta sobre las dificultades que entraña la conservación del patrimonio edificado cuando se aleja de los estereotipos culturalmente asimilados. Se completa así un primer conjunto de artículos.

El castillo de Miravet sirve a Esther Colls y Alfred Pastor para plantearse el dilema, probablemente no resuelto puesto que seguimos planteándolo continuamente o porque quizá sea un falso dilema y necesite otro enfoque, sobre la prevalencia de la historia, de la arqueología o de la arquitectura en la restauración; el castillo de Sagunto permite a Elisa Moliner, Luis Almena, Concha Camps y Santiago Tormo introducir en su actuación componentes paisajísticos y hacer de la contraposición “cerca-lejos” uno de los principales retos de su intervención para restituir la identidad de límite a la muralla y reintegrar su presencia en el perfil paisajístico; el castillo de Benabarre, de la mano de Joaquín Naval, trata de cómo una intervención de 20 años puede acabar teniendo un final feliz, en una clara apuesta por la búsqueda de un equilibrio entre la necesaria reconstrucción –legibilidad– y la invención.

Los templos, en todas sus categorías, constituyen otras de las tipologías de atención preferente. La intervención en la catedral de Jaca, relatada por Javier Ibarguen y Ricardo

Marco, propone una des-Restauración del museo Diocesano de los años 70 y encuentra en el marco metodológico de la secuencia plan director – restauración de la fábrica – proyecto museológico – proyecto museográfico el sustento teórico para su nueva propuesta; la ermita de santa María de Salas sirve a Raquel Lacuesta, Javier Fierro, Marilena Gracia, José Luis Prada y África Pitarch para reivindicar diversas cuestiones: desde la importancia de la atención a los patrimonios de aparente segundo nivel hasta la pluridisciplinariedad de las actuaciones pasando por la continuidad en los criterios y la permanente revisión del trabajo realizado; en la iglesia de la Mare de Deu de Alcoi, Santiago Varela reflexiona sobre las relaciones entre los monumentos y el lugar, y propone una solución en clave contemporánea para devolver pleno significado urbano al ábside del templo.

Finalmente, Francisco Javier López especula sobre las dificultades de restauración de algunos materiales intrínsecamente deleznable, como los muros de tapia, cuando además el reto consiste en devolverles su capacidad portante y en mantener su imagen de elemento “arruinado”.

Dentro de cada sección los artículos aparecen ordenados por orden alfabético. Y, antes de desear al lector que disfrute con Papeles del Partal tanto como yo lo he hecho, quiero rendir testimonio de gratitud a Liliana Palaia Pérez, que ha compartido conmigo las tareas editoriales de los cinco primeros números de la revista y que, jubilada en su actividad profesional, ha decidido dar un paso atrás. Recibe, querida Liliana, el reconocimiento de la Academia por el trabajo realizado. Por tanto, todos los errores de edición son responsabilidad mía.

José Ignacio Casar Pinazo